

CLEIA (*altiva*).—...y la esclava Melita se hará cargo de su señor.

XANTOS.— ¡No! (*A Esopo.*) Tú eres mi esclavo.

MELITA.— Yo también soy tu esclava... y seré tu esclava toda mi vida.

CLEIA.— Melita tomará mi lugar. Será mejor que yo.

XANTOS (*airadamente*).— ¡No!

ESOPO (*tras una breve pausa, calmosamente*).— Mientras el león dormía, un pobre ratón paseaba sobre su cuerpo. Despertándose de pronto, la fiera atrapó al animalito; e iba a devorarlo, cuando el ratón le dijo: "Suéltame, que algún día sabré demostrarte mi gratitud." El león sonrió de la petulancia del ratón; pero decidió soltarlo. Algún tiempo después, el león cayó prisionero en una red tendida por los cazadores. El ratón oyó los gemidos de la fiera, fue hacia el lugar de la trampa, royó las cuerdas de la red y el león quedó libre.

XANTOS.— Y eso, ¿qué significa?

ESOPO.— Esta fábula demuestra la recompensa de la gratitud.

CLEIA.— Sí, Xantos... Debes estar agradecido, porque él salvó tu casa y tu fortuna.

XANTOS.— ¿Agradecido...? Es él quien ha de estarme agradecido... Le doy comida, le doy techo, le doy una vida que ningún esclavo tiene en toda Grecia.

ESOPO (*mostrando sus brazos, cubiertos de cicatrices y verdugones*).— Así me has pagado por haberte dicho lo que tenías que hacer para no entregar tus bienes al capitán.

AGNOSTOS.— Si él no te hubiese instruido, yo te hubiera ganado tu casa, tu fortuna y tus esclavos. Esopo sería mío... y yo lo libertaría.

MELITA.— Libértalo, Xantos. No lo necesitas a él... ni a ella. Yo seré para ti lo que ellos no fueron nunca.

XANTOS (*empujándola brutalmente*).— ¡Tú también me perteneces! Tú eres mía. Cuando te quiera como mujer, no me hace falta que consientas... ¡porque eres mi esclava!

AGNOSTOS.— Perdí la partida gracias al ingenio de tu esclavo. El pueblo quiere ahora que lo libertes... Obedece al pueblo.

XANTOS.— El pueblo sabe muy bien que ninguna ley me obliga a libertar a mis esclavos.

CLEIA.— Xantos, serás detestado por la ciudad entera.

XANTOS (*a Cleia*).— Sé el interés que tienes en que liberte a Esopo.

CLEIA.— No lo niego. ¿Quieres que lo diga?

XANTOS.— No... Sería muy cruel.

CLEIA.— Antes de que Esopo llegara, imaginaba encontrar un día a un hombre como tú, capitán. Un hombre hermoso, claro, fuerte. Pero de este hombre feo... (*Señalando a Esopo*)... he oído lo que ni mi marido ni tú me habéis sabido decir. (*A Xantos*) Xantos, déjame irme con este hombre.

XANTOS (*desplomándose en una banqueta*).— Por eso no lo liberto. Yo sé que si él se queda a mi lado, tú también te quedarás.

CLEIA.— No hay ninguna dignidad en lo que dices. ¿Cómo soportas mi presencia, sabiendo que deseo a tu esclavo.

XANTOS.— Lo prefiero así.

ESOPO.— Es un homenaje que me haces, filósofo. Sabes que jamás tocaría a tu mujer.

CLEIA (*a Esopo*).— ¿Tú no me quieres?

MELITA (*a Esopo*).— ¡Dile que sí, Esopo!

ESOPO (*a Cleia*).— ¡No, Cleia!

CLEIA.— ¿No quieres que me vaya contigo?

MELITA (*a Esopo*).— ¡Dile que sí! Has ganado la partida.

ESOPO (a Cleia). — No, Cleia.

CLEIA. — ¿Qué quieres, pues?

ESOPO. — Únicamente lo que me pertenece: mi libertad.

XANTOS. — Si lo liberto, Cleia... ¿te quedarás conmigo?

ESOPO. — Es la obligación de tu mujer. Se quedará.

CLEIA (a Esopo). — Sólo si tú me ordenas que me quede.

ESOPO. — Yo no te doy órdenes. Podría darte un consejo, si quisieras. Yo no estimo los bienes, ni las riquezas, ni el amor. No puedo darte nada de lo que esperas de la vida. Ni siquiera te daría mi libertad, aunque me lo suplicaras. La libertad tiene que ser mía, para que yo la goce como se goza de la más querida de las amantes.

CLEIA. — Un solo gesto tuyo, Esopo, y yo me iré contigo si eres libre, o me quedaré como esclava si tú sigues siendo esclavo.

XANTOS (a Esopo). — Entonces, ¿ella no se irá contigo?

CLEIA. — Libértalo, Xantos. (Sollozando.) Me quedaré. (Xantos va hacia la mesa, toma un papiro y el pincel, y escribe, en tanto Cleia llora. Xantos tiende el papiro a Esopo.)

XANTOS (a Esopo). — Aquí tienes. Eres libre. (Esopo toma el papiro, lo contempla y se lo entrega a Cleia.)

ESOPO. — Toma, Cleia. Libértame o guárdame. (Cleia alza los ojos, seca sus lágrimas, mira el papiro y lo toma. Pero lo que hace es llevarlo a sus labios, besarlo y devolvérselo a Esopo.)

AGNOSTOS (a Esopo). — ¿Cuándo quieres marcharte?

ESOPO. — Ya.

AGNOSTOS. — Ve a buscar lo que es tuyo.

ESOPO. — No tengo nada mío. ¡Ah, sí!... Una alforja para el pan. (Esopo sale. Breve pausa. Xantos, Cleia, Melita y Agnostos, permanecen un instante en silencio.)

XANTOS (a Agnostos, tras la pausa). — Capitán, si en-

contráramos un medio de hacerlo quedar... ¡Tengo dinero, capitán, mucho dinero! ¿Cuánto quieres para decirle al pueblo que?...

CLEIA (interrumpiéndole con un grito). — ¡Cállate, Xantos! (Entra Esopo con su alforja colgada del hombro.)

ESOPO. — Adiós, Xantos.

CLEIA (a Esopo). — ¿Hacia dónde vas?

ESOPO. — A ver el mundo... A verlo todo. A mirarlo con los ojos libres. Muy lejos de aquí, en Lidia, dicen que hay un rey. Cresos, que es el hombre más rico de la tierra. Sus palacios son de oro, sus ropas están tejidas con piedras de Oriente. Quiero verle, y reirme de su riqueza. Más lejos aún, en las orillas del Nilo, los egipcios construyeron tumbas enormes para honrar la memoria de sus reyes... Quiero verlas y reirme de la vanidad de esa piedra que cubre unos huesos polvorientos. Quiero ver la ambición humana en todas sus formas y reirme de su monstruosidad, como se ríen de mi rostro. Adiós, Xantos.

XANTOS. — ¿Estás seguro de que prefieres irte?

ESOPO (a Cleia). — Adiós, Cleia. Que los dioses protejan tu belleza. (Tomando la mano de Cleia y poniéndola en la de Xantos.) Quiere a tu marido.

CLEIA. — Adiós, Esopo. Que los dioses te hagan feliz.

ESOPO. — Adiós, Melita. Que los dioses te liberten.

MELITA. — Adiós, Esopo.

ESOPO. — Adiós, capitán.

AGNOSTOS. — Adiós, Esopo. (Por la puerta del fondo, entra el etiope.)

ESOPO. — Adiós, etiope. Pudiste haberme castigado mucho más, tanta es tu fuerza... Pero aún estoy vivo. Te perdono. (Va hasta el umbral de la puerta del fondo, alza un brazo.) Adiós. (Esopo, sale. Xantos, Cleia, Melita y Agnos-

tos, quedan de nuevo en silencio un instante, y como turbados.)

XANTOS (al cabo de la pausa). — Capitán... Quédate a comer con nosotros.

CLEIA (aferrándose de pronto a la idea). — Come con nosotros, capitán.

XANTOS (a Melita). — ¿Qué hay para comer?

MELITA. — Lengua.

XANTOS. — ¿Lengua?... ¡Ah, lengua! ¿Qué hay mejor que la lengua? La lengua es la que a todos nos une. Sin la lengua, no podríamos expresar nada. La lengua es la clave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón.

CLEIA (a Agnostos, en voz baja). — ¿Quieres comer?

AGNOSTOS. — Hum.

XANTOS (prosiguiendo). — Gracias a la lengua se construyen las ciudades, gracias a la lengua decimos nuestro amor. Con la lengua se enseña, se persuade, se instruye... (Deteniéndose súbitamente y dirigiéndose a Agnostos.) ¿No te gusta la lengua?

AGNOSTOS. — Es lo peor que hay en el mundo. Es la fuente de todas las intrigas, la iniciación de todos los procesos, la madre de todas las discusiones... (Callándose de pronto.) ¿Quién nos ha dicho ya todo esto?

XANTOS. — Yo... Yo, que lo enseñé en la plaza, para mis discípulos.

AGNOSTOS. — Es verdad... Esta es una de tus lecciones. Xantos: ¡tú eres un gran filósofo! Tú pasaras a la inmortalidad.

XANTOS (en el paroxismo de la vanidad). — ¿Tú crees?... ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! (A Cleia, señalándole a Agnostos.) ¡Lávale los pies, mujer! ¡Hónrale! (En tanto Cleia se dispone a lavar los pies de Agnostos, el telón cae por un instante para dar idea del paso del tiempo. Al levantarse de

nuevo el telón, la luz del escenario ha cambiado. Xantos y Cleia están en escena. Las túnicas que llevan puestas son distintas a las de la escena anterior.)

XANTOS (como recordándole a Cleia una lección). — Había una vez unas ranas que estaban aburridas...

CLEIA (interrumpiéndole). — No... No. No. Xantos. No digas "había una vez"... "Había una vez" se usa en las historias para niños.

XANTOS. — Entonces, ¿qué digo?

CLEIA. — Entra directamente en el tema. Habla luego de los personajes. Empieza así: "Las ranas, etc., etc." Lo que importa son los personajes.

XANTOS. — Es absurdo empezar una fábula sin un preámbulo. Todo discurso se divide en preámbulo, exposición y peroración. Es la lección de Aristóteles. Está en los tratados.

CLEIA. — Olvídate de los tratados. Cuenta el hecho, solamente el hecho. Nada de retórica. Era así como lo hacía Esopo.

XANTOS. — Lo curioso es que estas historias, completamente incoherentes, fuera de toda lógica y sin ajustarse a ninguna de las reglas de la narración, tienen un éxito enorme... No lo puedo entender.

CLEIA. — No te preocupes por eso. El pueblo presta mucha más atención a tus lecciones en la plaza desde que empezaste a usar la manera de Esopo. Repite la fábula de las ranas.

XANTOS. — Había una vez... (Breve pausa.) Las ranas estaban aburridas de la anarquía en que vivían, y enviaron una delegación a Júpiter, para pedirle que les diese un rey.

CLEIA. — Ahí, en ese punto, una pausa, para que quienes te escuchan comprendan bien: ranas aburridas, delegación a Júpiter, petición de un rey. Adelante.

XANTOS. — Júpiter tiró un trozo de palo en la charca. Las ranas, asustadísimas, se zambulleron.

CLEIA. — En ese pasaje, un poco de énfasis, de agitación: "Las ranas, asustadísimas, se zambulleron". La frase siguiente tiene que ser serena, como indicando que las ranas van a empezar a pensar.

XANTO (*reanudando la fábula*). — Como el trozo de palo no se movía, las ranas volvieron a la superficie, y fueron sintiendo tal desprecio por aquel rey, que acabaron saltando por encima de él.

CLEIA. — Otra pausa. Va a haber una transición psicológica... y es indispensable que los oyentes se identifiquen con el drama: rey inerte, ranas saltándole por encima. Sigue.

XANTOS. — Decepcionadas de tener aquel rey, las ranas se presentaron nuevamente a Júpiter y le pidieron que les diera un nuevo monarca, pues el que tenían no hacía nada.

CLEIA. — Ahora la conclusión, la frase definitiva. Tiene que ser dicha con precisión y energía. Sigue.

XANTOS. — Júpiter, irritado, les envió entonces una hidra, que devoró a todas las ranas.

CLEIA. — Un poco más de horror al decir "hidra". Se trata de un monstruo, y el tono de tu voz debe inspirar espanto. A ver... Di: "hidra".

XANTOS (*sosamente*). — Hidra.

CLEIA. — No... (*Con énfasis.*) Hidra.

XANTO). — Hidra... Les envió una hidra que devoró a todas las ranas.

CLEIA. — Una pausa, antes de la moraleja. Los oyentes, en esa pausa, han de comprender que no estás contando una historia particular, que ha sucedido a las ranas; sino que, refiriéndote a ellas, dices algo de carácter general. Han de entender, desde luego, que aún siendo ranas, es preferible

que tengan un gobernante blando a un gobernante monstruo. La pequeña pausa que debes de hacer ahí, es un homenaje a la inteligencia de la platea. Quienes te sigan, han de sacar por sí mismos la conclusión del ejemplo de las ranas.

XANTOS. — Moraleja...

CLEIA. — La moraleja tiene que ser dicha con cierta displicencia... como si admitieras que todos han comprendido la lección. No debes permitir que nadie se quede pensando: "Y eso, ¿qué significa?"

XANTOS. — ¿No era así como él lo decía?

CLEIA. — ¿Quién?

XANTOS. — Esopo. Yo se lo pregunté muchas veces: "Y eso, ¿qué significa?"

CLEIA. — Tú eres una excepción.

XANTOS. — Nunca podré contar las cosas de ese modo. Si al menos estuviera él aquí, para enseñarme. No debía de haberlo libertado. ¿Ves, cuánto perdí? Además, cuando se acaben las fábulas que él nos contó y de que nos acordamos, ¿cómo voy a hacer para encontrar otras? No hay manera de inventar una fábula. (*Presurosamente, alarmada, Melita entra por la puerta del fondo.*)

MELITA. — Señora... ¡Han traído a Esopo, preso!

CLEIA. — ¿Preso?

XANTOS (*sorprendido*). — ¿Preso?... ¿Dónde lo han llevado?

MELITA. — Lo traen hacia aquí. Lo han entregado al capitán de guardias.

XANTOS. — ¿Lo traen aquí? ¿Por qué?

MELITA. — No sé. Los hombres de Delfos lo prendieron... y al llegar a Samos, lo han entregado al capitán.

XANTOS. — ¿Qué ha hecho para estar preso?

MELITA. — No lo sé.

CLEIA. — Necesita nuestra ayuda, Xantos.

XANTOS. — ¡Magnífico! Ahora podrá enseñarnos otras fábulas, para que yo las cuente en la plaza. (*Entra Esopo, con una cadena en las manos y otra en los pies. Agnostos le sigue. Esopo lleva su alforja al hombro.*)

ESOPO. — Aquí me tienes, Xantos. Parece que no podemos librarnos el uno del otro.

XANTOS. — Me alegro de que hayas vuelto, Esopo. Estoy aprendiendo a contar tus fábulas, y tú podrías...

AGNOSTOS (*interrumpiéndole*). — Lo han prendido porque ha robado.

XANTOS. — ¿Ha robado?

ESOPO. — Cuando llegué a Delfos, la gente me pidió que les contara una fábula. Se la conté. Los hombres, entonces, me prendieron por ladrón y me acusaron de haber violado el templo de Apolo. El pueblo de Delfos adora al dios Apolo.

XANTOS. — ¿Robaste algo?

ESOPO. — No. Bien sabes que sólo quiero lo que es mío.

AGNOSTOS. — Han dicho que Esopo robó la copa de oro del templo de Apolo.

ESOPO. — No. Me prendieron en la plaza, me han traído aquí y me han entregado al capitán.

XANTOS. — ¿Para qué te han traído a Samos?

ESOPO. — Para que tú mismo verifiques si está en mi alforja la copa de oro.

AGNOSTOS (*entregando a Xantos la alforja de Esopo*). — Comprueba.

ESOPO (*a Xantos, en tanto éste abre la alforja*). — Sabes mejor que nadie que yo no robo. Si le tuviera amor al dinero, no te hubiera entregado el tesoro que encontré... Si yo robase, tú no tendrías ahora a tu mujer. (*Xantos saca de la alforja la copa de oro. Pausa.*)

XANTOS. — ¿Por qué has hecho esto? Es un crimen que se paga con la vida.

ESOPO. — No lo he hecho. No sé cómo esta copa ha podido venir a para ahí.

XANTOS. — Una copa no anda sola... Está en el orden natural de las cosas.

CLEIA (*a Esopo*). — ¿Por qué te han traído aquí?

ESOPO. — Han dicho que yo era esclavo de Xantos... Como esclavo, sólo mi amo puede castigarme.

XANTOS. — Pero tú eres libre.

ESOPO. — En Samos saben que soy libre. En Delfos, no.

AGNOSTOS (*a Xantos*). — Esopo es libre... Debes decirselo a los délficos. Tú no tienes nada que ver con este robo.

ESOPO (*enérgicamente*). — ¡Yo no he robado! Alguien ha puesto esta copa en mi alforja.

CLEIA. — ¿Por qué?... ¿Estaban enfurecidos contra ti?

ESOPO. — Me pidieron que contara una fábula para el pueblo de Delfos. Cuando acabé de contarla, me insultaron.

XANTOS. — No puedo entender qué motivo han podido tener para enfurecerse por una de tus historias de animales. Son la cosa más inocente del mundo.

ESOPO. — Te engañas. Son terribles.

XANTOS. — ¿Qué fábula contaste? ¿La del león y el sapo?... ¿La del cuervo y la zorra?

ESOPO. — Una que inventé para los délficos.

XANTOS. — ¿La comprendieron?... (*A Cleia.*) Tienes razón, la gente las comprende. Son inteligentes los délficos. ¿Qué fábula era?

ESOPO. — Los délficos son devotos de Apolo, a quien hicieron erigir un grandioso templo de mármol. Horas y horas, sin tregua, rezan en ese templo... de tal modo, que ya no siembran el trigo. Al llegar el invierno, pasan ham-

bre, porque no tienen pan, y salen a mendigar, por todos los caminos de Grecia. A cada uno que encuentran, le dicen: "Extranjero: soy sacerdote de Apolo y rezo el año entero para que los dioses protejan nuestras ciudades. Ahora, tengo hambre. Debes darme una moneda". Así viven... y por eso, cuando me pidieron una fábula, yo les dije: ¡Escuchad, délficos, esta historia que he imaginado y que os dedico! La cigarra cantaba todo el verano, en tanto que el escarabajo almacenaba en su nido todo el estiércol que encontraba. Al llegar el invierno, la cigarra hambrienta fue al nido del escarabajo y le pidió de comer. El escarabajo, preguntó: "¿Por qué no has guardado estiércol durante el verano?" La cigarra, les respondió: "En el verano, cantaba". "¿Cantabas?" —replicó el escarabajo—. "Pues si en verano cantabas, baila en invierno".

XANTOS. — No entiendo.

ESOPO. — Entiende, Xantos... Los délficos dijeron que a mí me parecía más noble reunir estiércol que rezarle a Apolo.

XANTOS (*muy serio*). — Es un crimen ofender así a los dioses.

ESOPO. — ¿Comprendes?... Una fábula, Xantos, no es tan sólo una historia inventada: es una verdad. Y una verdad es la única razón por la cual vivimos o morimos.

CLEIA (*a Esopo*). — Pero tú no vés a morir.

ESOPO. — Alguien puso la copa de oro en mi alforja. Es un crimen contra la propiedad y contra los dioses... ¿Conoces el castigo para ese crimen?

AGNOSTOS. — Es el que los hombres de Delfos quieren saber: cuál es tu castigo. Porque, según las leyes, si eres libre, debes ser arrojado desde lo alto de la roca Hiampeia, al más hondo precipicio de Grecia. Si eres esclavo, tu amo puede elegir tu castigo. Te han traído aquí, porque saben

que eres esclavo de Xantos. Ahí está la copa de oro, y ha sido encontrada en tu alforja. (*Con un ademán.*) Los hombres de Delfos esperan fuera, en el jardín.

CLEIA (*a Agnostos*). — ¿No les has dicho que Xantos lo libertó?...

AGNOSTOS. — No. Si se lo hubiera dicho, tirarían a Esopo desde lo alto del precipicio.

CLEIA (*a Agnostos*). — Pídeles un minuto más. (*Agnostos sale por la puerta del fondo. Cleia se dirige a Esopo.*) Entonces... ¿vas a morir? ¡No! No. Yo no quiero. ¿Qué se puede hacer?

ESOPO. — Nada.

CLEIA. — ¿Les has enseñado tu carta de liberto?

ESOPO. — No.

CLEIA. — ¡Ah... felizmente!

ESOPO. — ¿Por qué felizmente?

CLEIA. — ¡Eso te salva, Esopo! ¿La escondiste para salvarte?

ESOPO. — No. (*Gravemente.*) La escondí... porque antes de morir, quería verte. Suponiéndome esclavo, tenían que traerme a presencia de Xantos... A tu presencia.

CLEIA. — ¡Xantos!... Tú puedes salvarlo. ¡Diles a los délficos que es tu esclavo! (*A Esopo.*) ¿Dónde guardas tu carta de liberto?... ¡Vamos a quemarla!

XANTOS. — Es una buena idea, Esopo. Te quedarás de nuevo con nosotros.

ESOPO. — Como esclavo.

XANTOS. — Por ahora, para disimular, hasta que esto sea olvidado. En realidad, podemos ser socios.

ESOPO. — ¿Socios?...

XANTOS. — Sí. Tú compondrás las fábulas y yo se las contaré en la plaza a mis discípulos. ¡No sabes el éxito que tienen tus historias! En poco tiempo, serás rico.